

# COVID-19 Y APOCALIPSIS. IMÁGENES DE HUMANOS Y ANIMALES BAJO LA GUÍA DE JORGE IDEL.

PROF. TIT. DR. L. NICOLÁS GUIGOU

Departamento de Ciencias Humanas y Sociales, Instituto de Comunicación de la Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República (DCHS-IC-FIC-Udelar), Uruguay.

COVID-19 y Apocalipsis: Imágenes de humanos y animales bajo la guía de Jorge Idel.

## I. INTRODUCCIÓN ◀

Conocí a Jorge Idel en Buenos Aires, en el año 2015. Nuestro encuentro fue marcado a la salida del Museo Xul Solar.<sup>1</sup> (Las imágenes de Xul Solar: sus imágenes me perseguían desde la infancia, a veces me volvían en sueños, o se me aparecían inclusive en la vigilia, en especial su Panajedrez, su abarrotada simbología, sus intrincadas posibilidades.) Idel apareció en medio de esas evocaciones. Sus ojos eran negros y profundos, de Safed. Comenzamos un diálogo -si se puede clasificar una conversación entrecortada y poblada de silencios de esta manera-, que parecía tener como centro las plurales figuras del Mal y los trabajos de Isaac Luria (el sagrado Ari).

Caminamos unos pasos más y se paró en seco. Rememoré uno de los planos del Panajedrez, para jugar un poco con el tiempo y la ansiedad. -Usted se distrae -dijo Idel. Usted sabe que está en riesgo. Aelo, Ocipete, Celeno. Ya sabe como son: vuelan y roban la comida del espíritu, del pensamiento. Se distribuyen sus ideas. Están tan cerca de usted, tan cerca, desde hace tanto tiempo. Las tres. La situación no puede ser peor. Se agenciaron a un protegido de Ascaroth. Canijo, de rostro innoble. Usted debe salir de ahí. Peor aún: debe salir corriendo. Varios Erev Rav trabajan con toda esa inmundicia infernal. También están pegados a usted. Y vigilantes.

Palabras contundentes y perturbadoras. Terribles. Como estaba haciendo trabajo de campo sobre esoterismo rioplatense -años después supe, gracias al trabajo de Diego Moraes,<sup>2</sup> que Xul Solar había sido iniciado en París en la Orden regentada por Aleister Crowley-, tomé la conversación con Idel como parte de mi etnografiar, con ese gran poder de la negación que la antropología aporta cuando se trata de reflexionar sobre situaciones incómodas y en extremo personales.

Como resguardo, evité los encuentros personales con este personaje por largos períodos de tiempo, hasta su inesperada llegada a Montevideo, en medio de la pandemia. Desconozco su periplo, las maneras de sortear los controles sanitarios, su peculiar llegada. Nuestros intercambios anteriores se redujeron a su atenta lectura de mi libro sobre Kabbalah y a su sugerencia por carta (las únicas cartas que recibo: Idel vive, aunque es mejor decir vivía, en un mundo analógico), de no publicarlo, con una advertencia final que rezaba en afinada letra: *recuerde los motivos de la ceguera de Borges*.

Cuando nos encontramos en Montevideo, su aspecto había cambiado mucho. Su larga barba había desaparecido. Su traje negro con camisa blanca había dejado lugar a un ropaje de lo más mundano y común. Lo más sorprendente: pendía de su hombro una cámara digital. Un Idel pues aburguesado. Agregaría: una víctima más de la Alta Modernidad. En fin.

<sup>1</sup> Ver sobre este encuentro: Frigerio, Alejandro, Guigou, L. Nicolás. *Un lugar para el inconciente y lo numinoso en congresos académicos: De cómo un símbolo onírico se volvió el logo de la RAM*. 7 de enero de 2016. <http://www.diversidadreligiosa.com.ar/blog/author/nicolas-guigou/>

<sup>2</sup> Moraes, Diego. *Maestros del Esoterismo en el Río de la Plata*. Montevideo: Ediciones B, 2016.

Me propuso hacer un seguimiento de mis transformaciones durante la pandemia. Yo suponía que no iba a padecer ninguna y por lo tanto me extrañó un poco el asunto.

-Digamos, todo lo que Ud. hace para soportar ese ambiente mundano y oscuro en el que se encuentra inmerso...Su arte, en fin.

Mientras trataba de distraerme mirando en el celular algunas conferencias de congresos y eventos en Montevideo que repetían charlas y entrevistas por mí impartidas tiempo atrás -se sumaban ahora a esa malévolamente impostura intelectual una señora portadora de bellos ojos y de un feroz resentimiento intelectual apenas disimulado por una gestualidad teatral recién aprendida, y también, un menos agraciado mofletudo de portuniol enrevesado que parecía guardar alguna sustancia orgánica en sus cobrizos cachetes-, traté de mantener la calma y el silencio.

-Serán encuentros breves, cuando yo le avise. Desconozco mis derroteros. Veo las señales. Es una época extraña en la cual hasta los buenos ser volverán malos. Una época de oscuridad resguardada bajo las mejoras causas y las mejores intenciones, como siempre.

-*Ojalá que no te toquen vivir los tiempos del Mesías*- dijo Idel, en voz baja. Antes de retirarse, me dio de presente su último libro: *Sobre El idioma analítico de John Wilkins. El único cuento de Borges que parecen leer los antropólogos*. Me prometí no leerlo nunca jamás.

...

Las fotos y los textos aquí presentes o que se indican de una manera u otra, hacen alusión a un tiempo colectivo y personal en el cual el Mal y toda la desgracia de la Caída se expresan con una vehemencia inusitada.

El material fue recogido por Jorge Idel. Algunas fotos son de su autoría, otras son del que suscribe. También, los poemas pueden contener una u otra autoría. Se incluyen también textos colectivos.

La serie, denominada Apocalipsis, trata de ser ordenada por números romanos. Se presentan aquí algunos de ellos.

Y en tiempos de tanta oscuridad, y de repliegue de la luz en este mundo, cabe repetir las palabras del Arcángel Miguel: ***Quis ut Deus?***

## **Apocalipsis I.**

Elogio a la naturaleza.

Están volviendo por fin a las ciudades.

Delfines, jabalíes, osos, pirarucús, pavos reales, inciertos benteveos.

La especie en extinción, cobarde y escondida, escucha apenas las trompetas de los ángeles.

Todavía no lo creen. Las mansas palomas los atacan, los monos se ríen de ellos y los sabios delfines, lejanos hermanos del extinto, los observan con sorna e indiferencia.

Son sus últimos tiempos. Respiran aún, se agitan, poseen la estéril esperanza de Pandora.

Su futuro, una burbuja uterina y aislante. Su presente, un parloteo inmediato, escrutado, dirigido.

Su pasado, un conjunto de ruinas incomprensibles y sin sentido.

“Y soltaron a los cuatro ángeles que esperaban la hora, el día, el mes y el año, listos para exterminar a un tercio de los hombres.”

Apocalipsis 9, 15

Les queda ese alivio.

Jorge Idel. El final de la espera animal. Buenos Aires, Ed. Puertas Abiertas, 2020



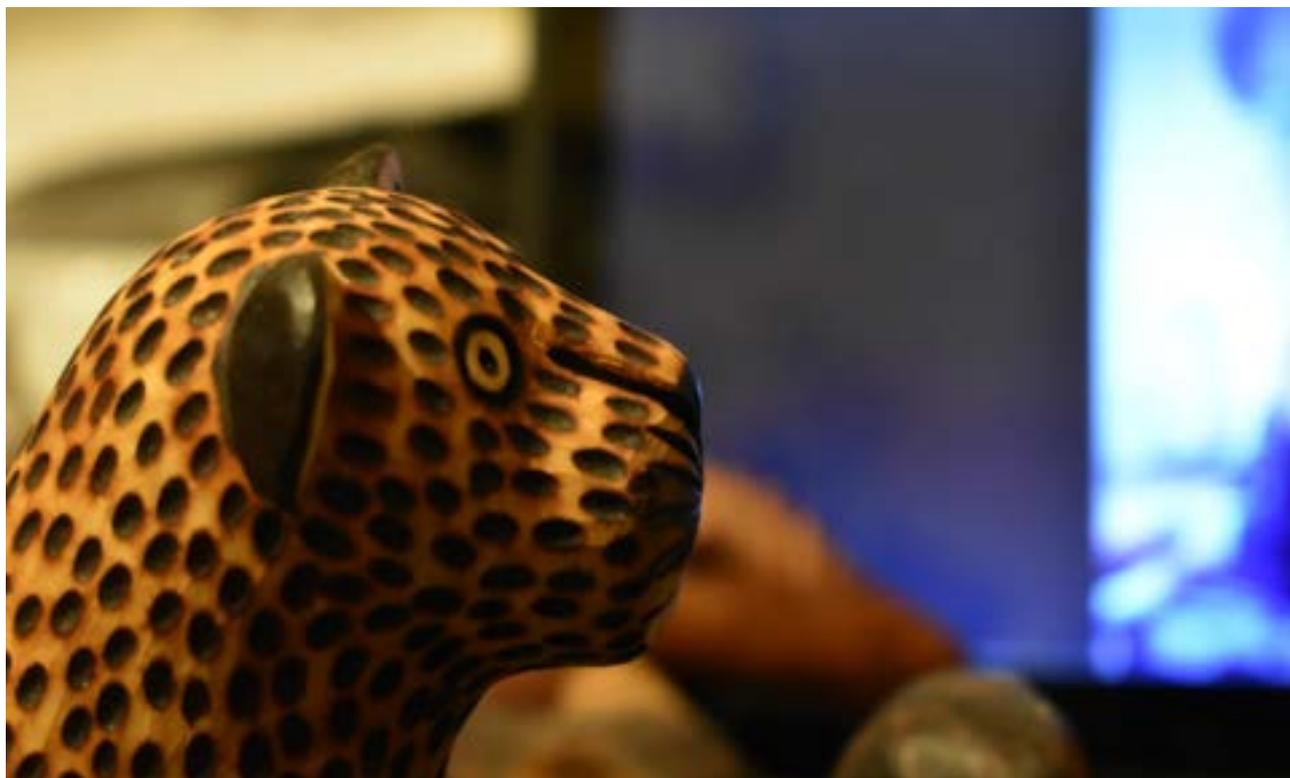
Arcángel Miguel, Guigou, 2014.

Poema que fue leído o tal vez no en Arte en Tiempos de la Peste

## Apocalipsis II.

Arte en tiempos de la peste.

Arte en Tiempos de la Peste Alejandro Cruz, Hekatherina C. Delgado, Jorge Idel, L. Nicolás Guigou



El tiempo de la peste había comenzado antes –siempre antes- que los muertos, los barbijos, el temor a la infección, la rostridad iridiscente de las pantallas, el aislamiento voluntario o forzado, la sedentarización permanente. Para entonces, la temporalidad de la peste ya se manifestaba en los días de la demente con su valija andariega, en la inevitable ausencia de duelo cuando el conocimiento muere y es perentoria y necesaria su sustitución por otra cosa. Porque el tiempo de la peste es el tiempo de las cosas, de las cosas muertas.

Operando con ellas y en ellas, la tecno-burocracia vive su mejor momento, su orgasmo pleno. Y dado que cualquier burocracia está compuesta por seres muertos y en descomposición, la peste es, al menos para ellos, una distracción amigable. Su odio al conocimiento es vehemente, profundo, abismal. Ellos son la peste. Así pues, el arte en tiempos de la peste, no es un arte en principio amable.



Que los pseudosafectos queden para los nombres violentamente recortados bajo un supuesto buen trato, que se expandan en las tertulias superficiales sobre una incierta producción de sentido, que se afinquen en las sonrisas y abrazos demagógicos y falsos.

El arte en tiempos de la peste, es una arte de la urgencia, la muerte y el desastre, que acepta el apocalipsis colonial huyendo del juego suicida contemporáneo, para esbozar por fin un campo de posibilidades en que el deseo y el conocimiento vuelvan a aunarse en otra humanidad.

Organizó: NAC, IC, FIC, UDELAR <https://youtu.be/IR3FBAbAwYw>

Sábado 30 de mayo de 2020, 18:00 hs. 30 mayo 2020, 18:00 hs, Montevideo, Uruguay.

## Apocalipsis III.



Reunión de animales. Momento de decisión. (Nota de Jorge Idel.)

Los animales, reunidos en solemne asamblea, hemos resuelto de una vez y para siempre, declarar nuestro alejamiento de la humanidad presente y existente, de sus rostros horrorosos, de sus cuerpos descompuestos, de sus sonrisas caballescadas, de sus problemas nimios y ridículos, de sus tragedias espantosas e innecesarias y particularmente, de su pequeñez, de su mezquindad, de su inanidad.

Nada tiene que ver esta actual excrecencia amparada en una piel desnuda, con los responsables y culpables, los abyectos que nos hicieron caer, descender a este mundo.

Hemos perdido toda esperanza. No nos devolverán a nuestra tierra, a nuestro lugar, a nuestra sagrada comarca allá arriba. Que era la de ustedes.

Tampoco tendrán posibilidad de volver. Los arrasó el olvido. Seguirán echando raíces en una tierra que les resulta ajena, tratando de escapar de manera extraña, rebotando contra un vidrio hasta que lo consigan romper, y allí, ya sin cuerpo, ser comidos por sus propias invenciones.

No, ustedes ya no son los mismos, que de manera obligada nos trajeron hasta aquí. Hemos depositado por mucho tiempo nuestras esperanzas en meras imitaciones, en figuras huecas, en ustedes.

Pero nos vengaremos.

## Apocalipsis IV.

De virus, capitalismo analógico y virtual.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Eira, Gabriel, Guigou, L. Nicolás.  
De virus, capitalismo analógico y  
virtual. Montevideo: Hemisferio  
Izquierdo, 25 de abril de 2020.

### I. La sorpresa.

Desde el oriente del Río de la Plata asoma un balconcito que no puede evitar cierto aire pueblerino. Como todos los diciembres, los que allí balconean preparan sus enseres para ese letargo (cada vez más interrumpido por las lógicas febriles del exigente capitalismo contemporáneo) que suele extenderse hasta el mes de abril. Estamos en Uruguay, en los finales del año 2019. Una atmósfera peculiar y visible producto del triunfo electoral de una coalición de centro-derecha y el consecuente final de la etapa progresista en esta parte del mundo, generan ciertas inquietudes sobre el futuro. De cualquier forma, las certezas mesocráticas son más fuertes: como siempre, nada cambiará demasiado. Por debajo, las diferentes formas de violencia social continúan explotando: femicidios, ajustes de cuentas entre narcos y la autoeliminación (una violencia silenciada) alcanza un récord histórico, manteniendo a las tierras orientales en el ya clásico primer lugar de país con mayor número de suicidios de América Latina.

Esta peculiar forma de normalidad vernácula aún no logra registrar la información procedente de Wuhan, una lugar que continuaba siendo tan exótico como China (pese a Huawei, Xiaomi, Chery, Byd y Geely, Mao Tse Tung, El Gran Salto hacia Adelante y la también Gran Revolución Cultural Proletaria).

El SARS-CoV-2 todavía no había sido descubierto y la peste que aparecía en dicha ciudad (Covid-19) carecía de nombre.

Los veraniegos habitantes de la República Oriental ojeaban desde la distancia, con la misma lejanía que supieron tener frente al ébola africano de 2016. Aquellos informes aún podían ser oteados desde el ombligo de una mismidad veraniega, lejana al mundo y más a ese Oriente de ojos rasgados y totalitario.

### II. Virus, mundo analógico y digitalidad.

Los virus (como el SARS-CoV-2) no son más que algoritmos de información (ADN o ARN) almacenados en cajas de proteínas. Como con los organismos vivos, la información de los virus evoluciona y se reproduce, pero para hacerlo necesitan agenciarse con organismos de los cuales extraer información que les permita hacerlo. Por ello no pueden reproducirse en el exterior de una célula huésped. La información de los virus re-programa la información extraída para que ésta se transforme en nueva información a re-programarse. En fin. La membrana de la mismidad celular estalla con la potencia de la información

re-programada. Cada re-programación conlleva riesgos de alteración de datos, lo cual colabora con la velocidad con la cual los virus mutan.

Un virus informático no es más que un algoritmo de información digital que tiene por objetivo alterar el funcionamiento de dispositivos informáticos. Buscan y reemplazan información ejecutable por otra, que posee, también, la función de propagarse. Como los virus biológicos lo hacen con los organismos, los informáticos pueden llegar a destruir o solamente producir molestias. Se trata de información que agencia información para re-programar información. Su coeficiente de riesgo se configura a partir de dicho procedimiento. Aquí también la mismidad de la información corre el riesgo de estallar, a través de aquellos enlaces que eventualmente establezca con otros dispositivos.

La información analógica se configura a partir de establecer analogías entre distintos elementos. Se trata de atribuir a unos elementos las propiedades de otros que pudieran resultar análogos. Esta información (aunque pudiera llegar a pretenderlo) no puede llegar a ser matemáticamente cierta, solamente puede intentar maximizar su coeficiente probabilístico. Se trata de una información que navega en el plano de la inducción; la certeza de sus premisas apoya sus conclusiones, aunque no las garantizan.

Este modo de información, que caracterizaba la comunicación y el procesamiento de datos hasta fines del siglo pasado, ha sido transformado en la digitalidad que hoy habita y es habitada por los sujetos humanos.

Pero esta condición de digitalidad (nomenclatura que propusiera el informático norteamericano Nicholas Negroponte) se diagrama dentro de las reglas de juego del capitalismo; un algoritmo, un conjunto ordenado y finito de operaciones orientadas por la búsqueda compulsiva de acumulación. Se trata de esa mano invisible de la codicia en la cual Adam Smith identificaba la riqueza de las naciones. Pero esta mano invisible se codifica como un algoritmo de información que busca reemplazar toda otra información ejecutable, buscando, de esta manera, propagarse como única información viable. Como un virus, la mano invisible se agencia la información del organismo infectado para transformarse en la naturaleza propia de la información agenciada. La membrana de la mismidad estalla tras negociaciones del libre mercado.

### III. Digitalidad y Covid-19.

La membrana analógica del capitalismo del Siglo XX estalla a partir del agenciamiento entre dos tecnologías virales solidarias: la digitalidad de Negroponte y la pandemia de Covid-19 que la OMS reconociera como tal a fines de enero de 2020. Ya no se puede balconear alegremente sobre el Río de la Plata. Las tres perillas de las que habla el presidente Lacalle Pou imponen esconder el balcón tras un barbijo (siempre que se lo pueda comprar o, al menos, artesano), quedarse en casa y comprar online. El virus ya se encuentra re-transformando la re-información de tres perillas; la de la salud, la de la economía, y la de la seguridad.

El organismo infectado es la especie toda (por el Covid-19, la web y la mano invisible). El aislamiento, en tiempos de pandemia, genera un efecto de coalescencia en el cual partículas, tendencias y fuerzas opuestas se aglutinan por fin en el atánor alquímico, capaz de parir de manera definitiva y cierta el homúnculo del capitalismo del siglo XXI. Pandemia (del griego pandēmía) significa, además de enfermedad epidémica que se extiende a muchos países, “todo un pueblo” (al menos etimológicamente). De allí que también refiera a lo que ataca a casi todos los individuos de una localidad o región.

Por ello, la web es pandémica (los usuarios la llevan en el bolsillo con el smartphone), tanto como el Covid-19 y la manito de Adam Smith.

El siglo XXI acaece con un homúnculo difícil de auscultar y descifrar. Ni humano ni individuo, ese ser pareciera hiperbólico y sobre-dimensionado en su supuesto estar y habitar. Deseoso y obediente en su abandono del capitalismo analógico, el homúnculo se adiestra en esta contemporaneidad del encierro, en esta migración radical hacia la digitalidad plena. Atrás, quedan las ruinas, unas sobre otras,

de la humana historia que el ángel benjaminiano observaba con desesperación y horror. El homúnculo ya no mira la pantalla. Se adentra en ella, deja que ingresen en sus pequeños miembros, en sus poros y piel mercuriales, las nuevas y viejas conexiones. Se trata de un capitalismo digital y de la digitalización del capitalismo. La manito de Adam Smith juguetea con el teclado de la notebook y la pantallita del smartphone, mientras engorda su ociosidad corporal gracias a “pedidos ya” y al quedarse en casa. Como garantía: el miedo. Aquellos que no logren ingresar de manera adecuada y cierta a la matriz comunicacional, aquellos que no logren acceder como fuerza de trabajo virtualizada, conformarán una suerte de sobrante incapaz de ser digerido por las nuevas condiciones de producción y reproducción de la economía digital.

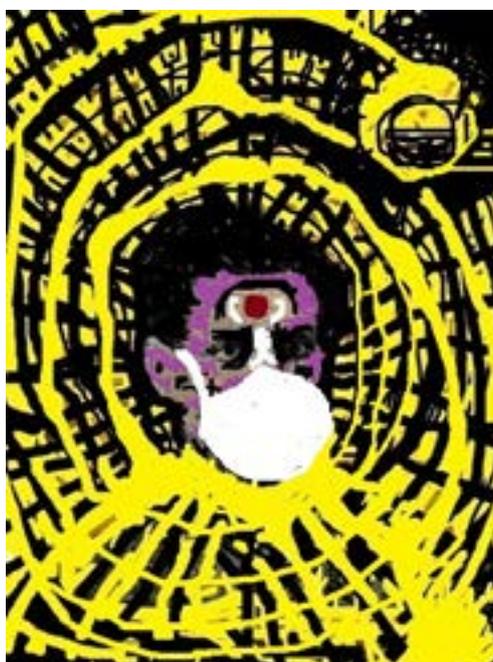
En ella, el eje vector, la fuerza productiva principal, son los datos del pensamiento. Un pensamiento no humano, con danzas de algoritmos, nano-bots y sofisticadas mezclas de especies, que devuelven al humano la imagen desfigurada de sí mismo; su propia mutilación. Se trata, también, de un enterramiento de todo el cuerpo institucional producido por las ilusiones del capitalismo analógico: individuo, sujeto, ciudadanía, democracia.

Mientras tanto, las conferencias de prensa informan lo que no informan, desdibujando las performances de la izquierda y de la derecha. La membrana estalló, nadie juega a predecir más que aquello impredecible a lo cual aferrarse en el pasado.

La editorial digital ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), una idea bajo licencia Creative Commons de Pablo Amadeo, se define como “una iniciativa editorial que se propone perdurar mientras se viva en cuarentena, es un punto de fuga creativo ante la infodemia, la paranoia y la distancia lasciva autoimpuesta como política de resguardo ante un peligro invisible”. Desde allí, en marzo de 2020 se ha publicado “Sopa de Wuhan” y en abril “La fiebre”. “Sopa de Wuhan” fue duramente criticado por varios colectivos –entre ellos la Red de la Diáspora China-, por incentivar el racismo y la sinofobia. Otro texto en medio del ataque de hiperproducción editorial generado por la pandemia, es el muy recomendable “Contagio social. Guerra de clases microbiológica en China” del colectivo chino Chuang. No obstante, pese a la reconocida brillantez de la multiplicidad quienes firman cada uno de los artículos allí publicados en lo único que coinciden es en un solo acierto: ninguno tiene la menor idea de en qué ni hacia qué se está derivando. Y en el balconcito, los actantes siguen mirando.

No va más, por favor pasame un mate

## Apocalipsis V.



Un asco recorre mi cuerpo. Salgo huyendo de ese lupanar.  
Prefiero a los ángeles del Apocalipsis.  
Conspiraciones en el Apocalipsis, Jorge Idel, 2020.

### DUCASSE COVID-19

.....  
Lautréamont en el capitalismo/Lautréamont dans le capitalisme/  
[https://youtu.be/MAWhy\\_kJhAA](https://youtu.be/MAWhy_kJhAA)  
<https://www.facebook.com/isidoro.ducasse.31/>

## Apocalipsis VI.

Transmutaciones.



## Apocalipsis VII.

4 Guigou L. Nicolas y Milsev, Magdalena. Brecha, 26 de marzo de 2020.

De pandemias y castigos: profecías, creencias y coronavirus.<sup>4</sup>

**Y soltaron a los cuatro ángeles que esperaban la hora, el día, el mes y el año, listos para exterminar a un tercio de los hombres.**

### Apocalipsis 9, 15

Las pandemias y las epidemias mortíferas –más conocidas en otras épocas como pestes– poseen un halo de inmediatez y letalidad que usualmente remiten a unos oscuros orígenes (guerras biológicas y manipulación genética y social, incompetencia o maldad humana, castigo divino o eventual señal del final de los tiempos) y a la posibilidad real o imaginaria del contagio, de ser afectados por la temible enfermedad de diferentes maneras y por variados caminos. Bajo el contemporáneo y aséptico discurso médico y planetario, la cercanía humana deviene en peligrosa. El coronavirus –la peste de hoy– silencia ciudades enteras, inmoviliza aeropuertos, cierra fronteras y nos obliga a permanecer en un sedentarismo y un aislamiento obligatorios. Hay un único culpable: lo humano. Esa singularidad humana, eventualmente portadora de la peste, debe ser separada, distanciada, reducida a resguardos y cuarentenas.

El apestado siempre es el culpable, por portar la peste y mucho más por diseminarla, sea de manera inocente o irresponsable, o tal vez –las pestes amplían siempre las paranoias sociales ya instaladas– guiado por el oscuro propósito de perjudicar a los demás y atraer la desgraciada a su entorno, de manera de compartir con los otros un destino aciago al que él ya está condenado.

**CIENCIA Y RELIGIÓN.** El discurso científico sobre el coronavirus, o covid-19, no deja dudas respecto de la humanidad de esta peste (del humano como real o eventual portador) y se establecen diferentes narrativas acerca de su origen, las formas de prevención y su posible cura. Los orígenes de las pestes, las pandemias y las epidemias son siempre vidriosos, o al menos la disección científica no logra abatir las posibilidades de ficcionar. Ya no se podrá invocar –como en la Edad Media, con la peste negra– alineaciones planetarias capaces de desatar esta enfermedad ni responsabilizar a los humores de materia orgánica en putrefacción expandidos por el aire. Sin embargo, otras maneras de ficcionar sobre la peste son convocadas en esta contemporaneidad y compiten con la racionalidad del saber y el discurso científico, al simbolizar y narrar este coronavirus con el espíritu apocalíptico de la época, en clave de final de los tiempos.

Ya sea por medio de los mediáticamente presentes discursos científicos y médicos, las posteriores interpretaciones y los análisis de las ciencias sociales –una variación, en definitiva, del discurso social– de los efectos presentes y futuros de esta plaga contemporánea, ya sea a través de las tentativas políticas y gubernamentales que, con diferentes niveles de racionalidad, tratan de frenar la expansión de la pandemia, las cosmologías religiosas y los espacios de creencias continúan otorgando un aire profético a este coronavirus y manteniéndolo como un designio de la divinidad. Se trata de desentrañar su origen, sus devenires y su lugar en la escena del casi inevitable (desde estas perspectivas trascendentalistas y apocalípticas) fin del mundo. El coronavirus se manifiesta, así, en un contexto social que se encuentra semióticamente exaltado, en un estado de alarma cuyas prospectivas y apuestas a futuro se asientan muchas veces en el deseo encubierto y tanático de la destrucción total, de la esperanza ansiosa de un armagedón en ciernes.

**PERSPECTIVAS RELIGIOSAS.** A partir de esta exaltación, algunas corrientes esotéricas contemporáneas sostienen que el nacimiento de este fenómeno pandémico se debe a conductas reprobables y muy humanas. Así, para algunas corrientes cabalistas,<sup>1</sup> en la eterna afectación entre mundos visibles (el nuestro) y los que no lo son, la producción permanente del odio gratuito –difamaciones, habladurías y viles chimentos que asumen, en las antiguas figuras alquímicas, el rostro de la comadreja, el hurón o la curiosa rata de campo– habría generado este virus para llamar la atención de la humanidad e incitarla a corregirse. También el manido tema del semen (sacralizado por tantos patriarcalismos) y su eventual “desperdicio” por la permanente masturbación masculina habría generado el surgimiento del covid-19, y la continuación de esta práctica onanista, su difusión extrema.

Otras corrientes religiosas más populares, como los pentecostalismos latinoamericanos, han diferido en su diagnóstico sobre la pandemia: la han colocado como “una invención de Satán” –este es el discurso del poderoso Edir Macedo, líder fundador de la Iglesia Universal del Reino de Dios (Pare de Sufrir)–, indicando que se trata de una ola de miedo orquestada por los medios de comunicación para debilitar a la población frente al Mal, con el objetivo de evitar que los feligreses se aglutinen en sus templos y sean protegidos de todo daño. Por cierto, esta actitud de fe viene siendo corregida por la Iglesia Universal del Reino de Dios en función de los infectados dentro de sus templos en el vecino Brasil.

De modo contrario –el ejemplo es útil también para comprender la heterogeneidad de los pentecostalismos latinoamericanos–, el conocido y local pastor Márquez ha señalado que las pestes como el coronavirus “son juicios de Dios en la tierra”, claras consecuencias de la desobediencia humana, “maldiciones que nos persiguen”, por no seguir lo escrito y manifestado en la palabra de Dios. La respuesta de la corriente religiosa dirigida por este pastor a la pandemia ha consistido en acompañar a sus fieles mediante celebraciones y oraciones virtuales, y aludir a lecturas proféticas y bíblicas que hacen referencia a las pestes, al mal comportamiento humano y al merecido castigo divino. A la vez, recomienda a sus seguidores, de manera más pragmática y realista, el profuso lavado de manos y la quietud hogareña.

En tierras católicas, los movimientos integristas exigen la apertura de las iglesias y la realización de misas, ya que es a través de la oración y los rituales que se logra la salvación del mundo de este virus. El papa y la mayoría católica, sin embargo, prefieren virtualizar sus oficios y sus rituales, para bendecir y pedir a Dios por los enfermos y el cese de la peste desde una necesaria e higiénica lejanía.

Otras ofertas, aunque socialmente menos legitimadas, se suman a los rezos papales por la pronta sanación. Desde el curandero espiritista de Piedras Blancas, que asegura a través de unos carteles la cura del virus; pasando por el inclasificable pastor Héctor Aníbal Giménez (fundador de la iglesia argentina Ondas de Amor y Paz), que promociona un alcohol en gel milagroso y sanador de la pandemia;<sup>2</sup> hasta la venta de remedios preventivos más sofisticados (y más caros), como el preparado alquímico selenita, producido por la vernácula Iglesia Mariavita, que fortalece el aura y espanta la peste, un sinnúmero de remedios y posibilidades mágicas han surgido como resultado de la enfermedad y la infinita credulidad humana.

Tal vez sea mejor hablar de la necesidad de simbolizar y narrar de alguna forma la peste –esta peste– y el lugar de lo humano. Una narración y una simbolización que exhiben los límites del discurso científico –no por ausencia de datos y razones, sino porque las razones simbólicas remiten a otro orden semántico– y manifiestan el lugar de lo humano desde el anhelo de su extinción y la extinción de todo lo existente (el final de los tiempos) o bien desde su desaparición de la faz de la tierra, para el bien del planeta y las otras especies.

En cualquier momento –bendito y alabado seas, coronavirus– veremos caminando, en la despoblada rambla montevideana, avestruces y mulitas

## Apocalipsis VIII.

El final.

